

De MIGUEL de UNAMUNO

1919 y 1920



Meditaciones en el primer día del presente año

SALAMANCA, 1o. de enero de 1919.

Escribo estas líneas el primer día de este nuevo año de 1920 ¿Nuevo? Acaso nos resulta tan viejo como los demás. Y las escribo sin saber bien, lector, lo que he de decirte. Esa ola de pereza que dice está invadiendo a los hombres me ha invadido también. ¿Pereza? No, pereza no, sino más bien cansancio. Estamos cansados los que nos hemos pasado la vida trabajando [cansados] ¿Y cansados de qué? ¿De trabajar? No, no precisamente de trabajar, sino de trabajar en vano, de darle vueltas al manubrio de una rueda que se mueve en el vacío. Estamos cansados de la civilización.

¡Ola de pereza! Eso dicen los que hablan por no callar. Y añaden que sea lo que sufre actualmente el mundo civilizado es de una crisis de producción. Escasean productos y se reparten mal los pocos que se producen.

Se ha estado poniendo el fin de la producción en el cambio y mientras había quien diera cosas verdaderamente útiles por otras inútiles o acaso dañinas se producía éstas no más que para cambiarlas por aquéllas. El fin del trabajo de un obrero no era en realidad el producto sino el salario. Y por eso el obrero no era un artista. Porque el fin del artista es la obra de arte en sí y si es artista de corazón y de conciencia antes hará la obra buena que le vale poco que no la obra mala que le valga mucho.

Este paso del año 1919 al 1920 está velado por densísimas nieblas, por nieblas tenebrosas. Y en ellas se finge cada uno lo que más espera o lo que más teme. Más bien lo que más teme. Porque los dioses son temor y no de esperanzas. No son días de esperanzas, y menos aun de Esperanza; de la vieja virtud teológica.

No vivimos en días de esperanza; no! Apenas hay quien cree en el mañana. Y por eso todos se acurrían al hoy, al hoy fugitivo. La vida se encarece y dificulta de un modo aterrador. «¡no se puede ya vivir!» «¡No sabemos adónde se va a parar!» son dos expresiones que oímos a cada momento y nunca, sin embargo, ha nacido la gente más atenta a divertirse, a matar el tiempo. ¡Matar el tiempo! Esta es la palabra. Y mejor sería decir matar la vida. Que no es lo mismo que morir.

«¿No es acaso que el tipo de la vieja civilización europea está cambiando?»—se preguntan algunos. Y hasta hay quien cree que vamos a entrar en una especie de Edad Media, en una edad de cretos, de feudalismo económico, de intensa preocupación por la vida de cada día, por lo presente y fugitivo, en una edad de un internacionalismo basado en el más agudo localismo. Es decir, no en una sociedad internacional de naciones sino de comunas, de municipios, de ciudades, y acaso de aldeas. En un imperialismo aldeano, en fin.

Lo que no parece muy claro es que se confirmen las previsiones de Carlos Marx. Carlos Marx, en efecto, esperaba el advenimiento del socialismo—del científico, ¿eh?—por oposición al utópico—de la creciente concentración

del capital. Para Carlos Marx la burguesía, y no el proletariado, era la que iba preparando la socialización de los medios de producción mediante la grande industria anónima. Las cosas y no los hombres habían de traer, y traerlo fatalmente, el socialismo. Y cuando aun la burguesía, la clase de los capitalistas, no ha cumplido su función fatal en la economía se le echa encima el proletariado sindicado.

Aquí, en España por lo menos, apenas si se puede decir que haya burguesía. Lo que llamamos clase media es un proletariado de corbata, el del cuello y no puelos.

Se va el año 1919 y entramos en el 1920 con el gravísimo conflicto que en

Barcelona, foco hoy de intensísimas acciones y reacciones económico-sociales, ha planteado el *clock-out* de la Federación patronal como respuesta a las huelgas que venía provocando el sindicato único de los obreros. Y la lucha es ya una lucha de odios concentrados, lo mismo de la una que de la otra parte. Acaso es una lucha también de incompreensión. Y el poder público se cruza de brazos—si es que los tiene—ante el conflicto. ¿Qué va a hacer? Va a obligar a los obreros a que entren a trabajar? ¿Y si entran, va a obligarlos a trabajar de veras? ¿Va a organizar un ejército de esquiroles, amarillos o sarracenos, que con estos tres nombres se conoce a los obreros no sindicados? ¿O va por otra parte, a incautarse de las fábricas, y entregárselas a los sindicatos obreros con esta o la otra compensación a los patronos? ¿Va a obligar a éstos a que cedan su maquinaria a los obreros, aunque sea mediante un alquiler fijo que les convierta en asalariados a su vez?

Figúremonos que los obreros aparecen vencidos, es decir, que se someten a ir entrando en las fábricas, mediante lo que los patronos llaman contrato individual de trabajo y que no es tal contrato, y que con ello los patronos logran seleccionar a su gusto el personal, rechazando a los que estiman discolos o revoltosos. ¿Se logrará algo con esto? Seguramente que no. Porque al poco tiempo, estarían de nuevo sindicados, provocarían nuevas huelgas, surgirían en los talleres y fábricas nuevos apóstoles y evangelistas de la revolución social y sobre todo continuaría esa terrible huelga de brazos caídos o siquiera flojos, ese negarse a trabajar para el prójimo, aun sin abandonar el puesto del trabajo.

«¿Para el prójimo?»—exclamará algún fabricante, si es que lee estas líneas—«no trabajarán sino para todos y no para ellos mismos, para el consumidor». Sí, claro está, el que siembra el trigo y el que lo muele y el que bajan para él que lo come. Pero hoy el que hace el pan y el que lo vende trabajan para él que lo come. Pero el problema del intermediario y el obrero ve en el capitalista, en el dueño del medio de producción, un intermediario, y un intermediario que no cree poder suprimir. «Dejadnos trabajar por nuestra propia cuenta—dicen los obreros—y veréis si se nos aflojan los brazos».

*Incluido en "Inquietudes y meditaciones"*





Más hay quien cree que aun entonces los tendrían flojos. Hay quien cree que una organización colectivista del trabajo hoy no podía suplir la función verdadera del tradicional capitalismo de la burguesía, que es la función de iniciativa, de invención y de afrontar el riesgo. Un empresario, o se enriquece o se arruina, y una colectividad, dicen, por miedo a arruinarse no se enriquecería jamás y limitaría su producción. Una colectividad, cualquier colectividad, es forzosamente conservadora. Las muchodumbres jamás han inventado cosa alguna. Las muchodumbres se muestran siempre en un hombre. En Rusia Lenin.

¿Es ello así? Te digo, lector, que me paso la vida poniéndome problemas y no resolviéndolos jamás. No los resuelvo sino que los disuelvo. Y los disuelvo en otros problemas. Y admiro a los que tienen fe y esperanza en una solución cualquiera y hasta llaman «claridad» a lo menos claro. Por eso cuando algún ingenuo incomprensivo, —y son legión— después de haberme leído me pregunta: «Y bien, ¿tú qué eres? ¿Socialista? ¿Anarquista? ¿Individualista? ¿Creyente? ¿Incrédulo? o liberal?... etc.» Cuando el ingenuo incomprensivo me pregunte esto, yo le respondo: «¿Pero, no me has leído? ¿Es que no escribo claro? ¿Es que no ves que mi misión es decir siempre la verdad, la verdad de lo que muchos creen y no se atreven a decir ni a sí mismos? ¿No ves que mi misión es obligaros a plantearos los problemas que tratáis de soslayar? y no para que los resolváis, no; más bien para que te des cuenta de que son irresolubles, de que vivís en un mundo de problemas irresolubles, de que la vida misma no es más que un problema irresoluble y no una solución; y ay de ti si te resolviera el problema de la vida! Porque la resolución del problema de la vida no es más que lo incierto. Resolver un problema es eliminar una incógnita, una x y la incógnita, la x de la vida es la vida misma».

Y en tanto vamos viviendo. Hemos vivido el año de 1919, hemos hecho entre todos su historia y vamos a vivir—aunque todos no—el año de 1920, vamos a hacer su historia.

Yo, lector, que en este primer día del año nuevo, año que nace viejo, te dirijo como agorero saludo estas reflexiones que acaso te resulten amargas; yo, lector, me siento cansado de esta civilización tan tupida de inutilidades. Tengo pocas esperanzas, muy pocas, pero una de ellas es la de que los hombres se den cuenta de que estaban apeteciendo y buscando muchas superfluidades y que los más de los llamados adelantos del progreso son cosas de que se puede muy bien prescindir y

que hay supuestos goces que se reducen al de una loca vanidad satisfecha, al goce de llevar algo que no puede llevar otro y gozar tan sólo porque otro no puede llevarlo. ¿No es locura y no más que locura y tontería el que una dama se ponga sobre su cabeza llena de serrín por dentro una pluma del pajaraco más raro u otro objeto así?

El hombre es naturalmente vano y la mujer más aun. Y la vanidad ha hecho cometer más crímenes que el hambre. ¡Crímenes, sí! ¿Y no habrá, acaso, en esta llamada ola de pereza el cansancio trágico de haber estado sirviendo a la vanidad de los que no tenían hambre?

Crisis de producción, dicen. Crisis, más bien, de cierta producción. Los esclavos del capital han estado forjando sus cadenas y sus grillos, tal vez las armas mismas que otros esclavos habían de volver luego contra ellos. Y esos esclavos no saben ya hacer obras de hombres libres. Si hoy se les entrega la máquina o si se apoderan de ella, seguirán, de un modo o de otro, fabricando instrumentos de esclavitud.

Dicen que progresa mucho la aviación. Sí, otro deporte más. Y no para acercarse más al cielo, sino para huir de la tierra. O más bien, para que los demás le vean a uno más alto que ellos. ¿Qué simbólico es el deporte de la aviación!

1920! ¿Al yugo, Miguel, a la rueda! También tú eres un obrero, aunque te esfuerces por ser un artista. Y no evitarás que digan que este tu producto de ahora, el que estás acabando de fornear, no tiene ni principio ni fin. Pero, así es la vida. ¿Tuvo fin el año de 1919? ¿Tiene principio el de 1920? Tú no lo sabes; muchos de los que te leen creen saberlo. Y no evitarás que muchos de tus lectores se digan: «pero este hombre, ¿qué busca?»

[La Nación, Buenos Aires (R.A.),

7 - III - 1920]

